

Economía política de las reformas neoliberales

La economía actual y la
visión de los economistas*

Robert Boyer**

Sra. Vicerrectora de la Universidad de Buenos Aires, Sr. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, colegas, señoras y señores: es para mí un gran honor y un placer recibir el diploma que me han otorgado, ya que conozco el prestigio de vuestra universidad, cuya reputación es muy grande en Europa y en muchas otras partes. Sin ocultar mi emoción quiero testimoniarles, con estas palabras, mi reconocimiento, y compartir con ustedes mis reflexiones inspiradas en el estado actual de la ciencia económica y en el papel de los economistas en la sociedad contemporánea. La pregunta central que voy a plantearles podrá sorprenderlos, sobre todo estando, como estamos, en una facultad de economía. ¿Tienen nuestras sociedades necesidad de los economistas? Para responder, les propongo un rápido panorama de las relaciones entre los economistas y las sociedades de nuestra época. ¿Acaso la teoría cuantitativa de la moneda no surge de los problemas creados, en particular, por el flujo hacia España del oro venido de América Latina? ¿No respondieron los fisiócratas al interrogante del Príncipe sobre la mejor manera de cobrar impuestos en una sociedad dominada por la producción rural y agrícola? ¿No estudia David Ricardo las consecuencias del incremento de las manu-

* Versión autorizada por el autor de la conferencia titulada "El economista frente a las innovaciones que inauguran una nueva era: la gran transformación rusa, el Euro y la 'nueva economía'", pronunciada el 14 de septiembre de 2000 en la Facultad de Ciencias Económicas, en ocasión de haber sido distinguido con el diploma de doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires. Traducción del francés autorizada por el autor a cargo de Lucía Vera.

** CNRS-CEPREMAP, Francia

facturas sobre la distribución de los ingresos? O acaso ¿no brinda todavía hoy argumentos decisivos en favor del librecambio? En resumen, en el origen de la economía, que en esa época se llamaba política, se encuentra siempre un problema planteado por la actualidad y que las teorías del pasado no llegan a explicar bien. Ahora bien, a partir de esta matriz común, la tradición clásica se separa en dos ramas o, más exactamente, en dos programas de investigación que se van a volver algo antagónicos con el curso del tiempo. Cada uno a su manera, Malthus, Smith, Marx, Schumpeter y Keynes formulan preguntas sobre la gran transición demográfica, el auge simultáneo del mercado y de las manufacturas, la repetición y agravamiento de los conflictos industriales y financieros o, incluso, el papel de los empresarios y de los innovadores en la alternancia de las fases de austeridad y depresión.

Se inscriben con esto en la gran tradición clásica que hace de la pertinencia teórica el criterio esencial. Pero al actuar de esta manera los economistas llegan a conclusiones que no satisfacen, necesariamente, ni a la opinión pública, ni al Príncipe. En particular, porque insisten en el carácter históricamente determinado de las regularidades que observan y señalan en los vínculos entre lo económico y lo político. Así, no resulta sorprendente la aparición de un programa alternativo que está totalmente enamorado de sus fundamentos lógicos y axiomáticos: una disciplina que se calificó, en su época, de economía pura. Este clan de lógicos se opone al de los investigadores que apuntan hacia una "historización" de la materia económica. Y aquí encontramos a todos los grandes nombres, Walras, Pareto, Pigou, Marshall, para culminar en ese magnífico templo griego que es la teoría del equilibrio general. Las teorías neoclásicas contemporáneas prolongan y adaptan esta herencia. Y redefinen los fundamentos de la disciplina alrededor de cuatro hipótesis canónicas: la racionalidad de los comportamientos, el equilibrio de mercado como único procedimiento de coordinación, la racionalidad de las expectativas y, sobre todo, punto muy importante, el carácter estacionario de las relaciones que se ponen en evidencia.

Esta segunda corriente suplantó ampliamente a la primera en el círculo que rodea a los ministros de finanzas y a los banqueros centrales e, incluso, en la enseñanza de numerosas universidades. Hay pocas dudas acerca de que el progreso de la axiomatización y de la formalización ha aportado un rigor sin precedentes, lo que le valió, muchas veces, el reconocimiento de sus colegas de las ciencias duras. ¿No utilizan, acaso, los mismos métodos que la física teórica? Pero entonces el problema se desplaza hacia la cuestión que planteaban los grandes clásicos. Esta abundancia teórica ¿ilumina de manera más pertinente los grandes problemas con que se encuentran tanto las economías del norte como las del sur, ricas o pobres? A riesgo de sorprenderlos, en mi opinión la iluminación es formal y, tal vez, esto no sea un accidente. El individualismo metodológico ha conquistado el terreno de las ciencias sociales en un momento en que se planteaban problemas estructurales sin precedentes. La idea de un carácter estacionario de las variables económicas, de una estabilidad de las leyes económicas, está fuertemente cues-

tionada por los cambios observados desde el comienzo de los años setenta. Pero los desequilibrios observados tanto en el mercado de trabajo como en las relaciones internacionales se han afirmado, con lo cual desmintieron la hipótesis de un ajuste rápido y sin costo. La hipótesis de las expectativas racionales introduce una paradoja en el núcleo de la teoría contemporánea. Todos los agentes económicos conocen la parte determinista del verdadero modelo de la economía, salvo los economistas, que hasta el momento no han encontrado una explicación unánime a este fenómeno. Es el caso, por ejemplo, de la interpretación de la desaceleración del crecimiento y el auge de lo que en los Estados Unidos se conoce como la nueva economía. He aquí las paradojas que quiero explorar en lo que sigue de esta presentación.

En una época que Karl Polanyi calificaría con gusto como de “gran transformación”, teóricos, econométricos y especialistas de la política económica han construido un programa de investigación que niega la posibilidad de tal cambio estructural. Algunos de entre ustedes esperan seguramente que yo desarrolle, una vez más, la problemática de la teoría de la regulación, que surge precisamente de la constatación de la falta de adecuación de las construcciones de Kalecki, Keynes y Marx. Imagino que algunos, o muchos, la conocen. En pocas palabras el proyecto es, todavía hoy, historizar los conceptos de la economía, insertándolos en los grandes resultados de las otras ciencias sociales, tomando particularmente en cuenta el papel de lo político en la emergencia de nuevos modos de regulación. Querría concentrarme en los sinsabores del economista neoclásico frente a los sorprendentes cambios de los últimos treinta años. Para decirlo brevemente, los economistas del *mainstream* han ganado muchas batallas pero perdieron la guerra, en el sentido de que la pertinencia de sus conclusiones y recomendaciones de política económica son hoy más discutibles que nunca. Para tratar de convencerlos les voy a dar tres ejemplos: la gran transformación de la economía soviética en economía rusa; la viabilidad y el futuro del euro; y, finalmente, la situación paradójica de la “nueva economía”.

Acerca de la gran transformación rusa, el subtítulo de mi presentación podría ser: “cuando los economistas agravan la crisis en vez de ayudar a superarla”. Se pensaba que el paso del Gosplan del partido comunista al mercado y la democracia era sólo cuestión de algunos años, siempre que se siguieran las indicaciones de los mejores expertos. De la caída del Gosplan debían nacer el mercado y los empresarios. Pero ¡oh sorpresa! he aquí que emergieron los mafiosos y los especuladores. En cuanto a la democracia, el pueblo ruso aprende que tomó varios siglos el instalarla en Inglaterra, en los países europeos y, ciertamente, en los Estados Unidos. ¿Qué hemos aprendido con esto en términos de teoría económica? Muchas cosas. Los expertos internacionales desembarcaron en Rusia con sus computadoras portátiles, que contenían un modelo de equilibrio general calibrado con la economía norteamericana. La respuesta era simple: con tal que se liberaran los precios, rápidamente la economía rusa iba a converger hacia un nivel de crecimiento muy cercano al de los Estados Unidos. Habían olvidado completa-

mente que las empresas rusas no se comportan como las grandes corporaciones norteamericanas; que no había una cobertura social asegurada por los “grandes combinados”; que el estado era incapaz de cobrar los impuestos y que los banqueros centrales no se llamaban Alan Greenspan. ¡Oh sorpresa! descubrieron que el modo de regulación rusa no era el mismo que el de los Estados Unidos.

Segundo descubrimiento: como los economistas librecambistas son los propagandistas de la economía de libre mercado, podíamos imaginar que, como arquitectos, serían los campeones de la construcción de la economía de mercado. Pero, faltos de suerte, se dieron cuenta de que instituciones que habían madurado durante varios siglos de evolución política e histórica no podían ser constituidas en el instante, en el corto plazo de la economía. Esto equivalía a descubrir que, a fin de cuentas, ellos no conocían cuáles eran las instituciones básicas de la economía de mercado. Por suerte, el Banco Mundial se puso a reflexionar y así descubrieron que un estado bien organizado es necesario para la creación del mercado; que un mínimo de infraestructura pública es necesaria para que se desarrolle la empresa privada; y que debe haber un mínimo de cobertura social si se quiere que los trabajadores sean móviles y se adapten al cambio técnico. Descubrieron también que de acuerdo con el orden en que se producen las reformas estructurales se obtenían casos muy diferentes, como lo muestra el ejemplo de Polonia en comparación con Rusia. Esto relanzó el debate sobre cuáles son las instituciones fundamentales de una economía capitalista. Haciendo una imagen, los expertos que asesoraban al gobierno ruso de esa época parecerían arquitectos que pueden visitar el Coliseo de Roma, pero que serían incapaces de construir otro Coliseo, y si el Coliseo se derrumbara dirían: ¡es la ley de la gravedad! Pero como puede verse perfectamente, en los países civilizados las columnas no se caen.

La tercera enseñanza: el tiempo largo de la historia que, como ustedes saben, es uno de los grandes temas de investigación de la regulación. Para algunos, en cinco o siete años todo debía quedar arreglado para la economía en transición, ya que éste es fundamentalmente el tiempo de formación del capital. Pero la historia muestra que la formación de competencias y el tiempo para que las instituciones y las nuevas estructuras se pongan en práctica, son cuestiones que toman entre un cuarto y medio siglo. Hay un tiempo histórico para cada una de las esferas de la actividad económica y, por supuesto, la recomposición de la economía rusa no podía ir tan rápido como los mercados financieros rusos.

Cuarta enseñanza: lo político y lo económico interactúan en todo momento en una reforma estructural. No se trata de acusar a los dirigentes rusos de falta de voluntad o de irracionalidad. Ellos tratan de caminar entre las contradicciones suscitadas por la transición. Y me atrevo a la siguiente heterodoxia: la racionalidad del hombre político es superior o igual a la del *homo economicus*, porque el político no sólo debe velar por la eficacia económica, sino por la persistencia de la unión social, lo que explica, en mi opinión, la gran transformación que se produjo en la teoría neoclásica después de estos episodios. Siempre pensé que la teoría económica iba a salir transformada o con mella en su prestigio del episodio ruso y, por suerte, resultó mucho más transformada que mellada.

Segundo ejemplo: el euro. Aquí el subtítulo podría ser: "del caleidoscopio de las teorías parciales al uso inadecuado de los antecedentes históricos". Todos hemos aprendido en nuestros cursos de economía internacional la teoría de las zonas óptimas de Robert Mundell, que le valió el premio Nobel. Si aplicamos mecánicamente esta teoría, constatamos inmediatamente que los precios y los salarios no eran suficientemente flexibles en Europa y que la movilidad del trabajo dentro de la región era tan débil que hubiéramos debido esperar la imposibilidad del euro. Y esto es lo que muchos expertos norteamericanos esperan todavía, cuando se regocijan por la caída del euro en relación al dólar.

Pero se olvidan completamente de que el euro es un proyecto político: por medio de la solidaridad de la puesta en común de las monedas se crearon procesos de división del trabajo en el seno de Europa y de integración de los mercados de capitales. Habría que haber logrado una aproximación sistémica al euro, porque los niveles geográficos llegan a estar imbricados, la política fiscal tiene influencia sobre la negociación salarial, la relación salarial actúa sobre las innovaciones, la concentración financiera cambia la constitución de las firmas y afecta los contratos salariales. Ustedes se dan cuenta de que necesitamos una teoría distinta a la teoría monocausal y parcial de que disponíamos en ese momento. A riesgo de producirles un escalofrío a aquellos de ustedes que constituyeron ahorros en euros, yo no creo que tengamos una teoría acabada que nos permita comprender la dinámica del euro. Tenemos que desarrollarla. ¿Por qué? Porque se trata de una innovación histórica sin precedentes.

Hay una fracción de economistas, más modesta que la de los teóricos, que son los historiadores económicos y sociales. Éstos recurren a la historia en busca de períodos que se parezcan al período contemporáneo. Y como muchos viven en los Estados Unidos, a pesar de no ser norteamericanos, germinó la idea de que el patrón ideal de la integración monetaria era la integración monetaria norteamericana. Es un poco el resurgimiento del modelo de Rostow aplicado a la teoría de las zonas monetarias. Se puede concluir de él que a falta de homogeneidad, o en ausencia de la formación de un estado europeo y de la construcción completa de un federalismo fiscal, el euro no funcionará. Pero la conclusión es falsa, porque la historia nos muestra, cuando es bien utilizada, que hay una gran variedad de formas de federalismo, el de Alemania Federal, el de los Estados Unidos, de Canadá, etc. En un cierto sentido, los países europeos están en vías de construir una nueva forma de federalismo que, durante un largo período podrá liberarse de la solidaridad fiscal por la constitución de procedimientos y reglas comunes que definen un nivel intermedio entre el nacional y el comunitario.

En resumen, la teoría del euro está por hacerse y nosotros estamos experimentando un doble aprendizaje: los actores del euro aprenden día a día las reacciones del mercado, y los investigadores tratan de encontrar modelos más respetuosos de los hechos estilizados, que den cuenta de los dos últimos años de evolución.

Tercer ejemplo. Por último vamos a visitar esa gran "torta de crema" que es la *new economy*. He asistido este año a una decena de coloquios que tenían temas extremadamente variados, pero todas las discusiones estuvieron centradas en la

nueva economía. Abordemos entonces esa noción tan central. El primer homenaje que el vicio rinde a la virtud: si hay una nueva economía es porque había una vieja economía. Entonces, las economías pueden cambiar. Entonces, las economías no son estacionarias. Y si no lo son, hay que explicar por qué no lo son. Si tomamos esto en serio, el paradigma neoclásico fundado en el equilibrio, la racionalidad y el carácter estacionario de las economías, debería estallar. Pero, justamente, los economistas temen enfrentar esta hipótesis y por eso polemizan entre ellos.

Encontramos cuatro posiciones. Los econométricos testean la hipótesis central de invariabilidad de las relaciones. Y si se hace el test de la invariabilidad de la formación de los salarios, de la productividad, etc. en los Estados Unidos, no se encuentra nada nuevo bajo el sol. El desempeño norteamericano no es más que el efecto de nueve años de crecimiento continuo y de casi pleno empleo. Entonces, no hay un fenómeno masivo, radical. Quisiera rendir homenaje a un trabajo de Robert Gordon sobre este tema que está a punto de publicarse.

Y ustedes verán que soy ecléctico, porque también voy a recomendarles leer un trabajo de Shapiro y Varian referido a una teoría sobre las reglas de la información. Para ellos, una simple adaptación marginal de la teoría microeconómica moderna puede dar perfectamente cuenta de la aparición de un fenómeno tan original como el de Silicon Valley. En dos palabras, rendimientos crecientes masivos, el hecho de que la inversión fija es enorme, pero los costos marginales de procesamiento y de difusión de la información están cercanos a cero. Pero simétricamente, el valor de la información varía mucho según sus usuarios, porque permite la diferenciación y la optimización del marketing en relación al cliente. Entonces, para ellos la novedad es totalmente secundaria y la teoría económica puede perfectamente absorberla.

Pero hay una tercera posición que dice lo contrario: ahora todo es nuevo a partir del hecho de que la información está disponible a un costo cercano a cero. De tal manera que, por ejemplo para los schumpeterianos, hay que reconstruir el conjunto de la teoría, en la cual la conjunción de los microprocesadores y de las telecomunicaciones definen una técnica genérica que va a transformar la organización de las firmas, su localización, la organización del trabajo y la división internacional del trabajo. En Europa y en los Estados Unidos se crean centros de investigación con el objeto de desarrollar este nuevo enfoque.

Y por último existe una cuarta posición. Es, por ejemplo, la que desarrolla en su obra en tres tomos, Manuel Castells. Rechazando las evidencias empíricas, el investigador se siente el visionario de un mundo futuro asociado a la nueva economía. Así, construye magníficos escenarios de ciencia ficción: trabajaremos en nuestra casa, no tendremos necesidad de energía porque no nos desplazaremos (menciono esto porque estamos casi viviendo un tercer shock del petróleo y me parece que hay muchos norteamericanos en las grandes ciudades que continúan yendo desde sus trabajos a sus casas)... Pero, en este caso, el economista considera que es el poeta de un determinismo tecnológico desconocido que lo supera. Veán ustedes los errores de los economistas: no hay nada nuevo bajo el sol, o una nueva utopía: sin exageración, algunos piensan que el comunismo informacional

va a transformarse en una nueva utopía de la sociedad contemporánea. Ustedes pueden ver como a cualquiera que va por la calle y solicita su opinión a los economistas, le resultará difícil hacer uso de ella, ya que oscilará entre Nostradamus y el Dr. Kosinus.

Para concluir quiero decirles que aunque los he hecho sonreír, lo que estoy diciendo es muy serio. Los tres ejemplos mencionados, que merecerían grandes trabajos, nos brindan enseñanzas sorprendentemente convergentes. En primer lugar, una paradoja extraordinaria: la dinámica de los procesos económicos, así como la del asesoramiento a los gobiernos, ha conducido a la dominación de un paradigma que niega el cambio histórico, en una época en que resulta cada vez más claro que asistimos a una gran transformación económica. Voy a tomar de mi colega Steve Marglin, profesor en Harvard, el título de uno de sus artículos: el economista se habría vuelto un predicador, que predica el advenimiento de una sociedad dominada, según se elija, por Internet o por la lógica pura de mercado, o por los efectos de demostración, y que puede llegar a tener éxito si llega a convencer a los gobiernos; pero no por sus capacidades analíticas, o por la comprensión que nos brinda de los grandes fenómenos contemporáneos. He aquí al economista neoclásico, que se ha puesto las botas de su predecesor marxista y leninista, pretendiendo cambiar el mundo incluso antes de haberlo comprendido. Pero, por supuesto, también podemos sacar algunas conclusiones más positivas. Respecto de la posibilidad de una renovación del programa de investigación, que retomaría la gran tradición de la economía política clásica, tres principios podrían guiarla, principios difíciles de poner en práctica (es por eso que los neoclásicos, que son sujetos racionales, raramente los adoptan), pero que son absolutamente necesarios:

Primer principio. Reconocer que la teoría está, de hecho, inmersa en el movimiento de transformación de las instituciones del capitalismo, de la evolución de las tecnologías y del cambio del sistema de valores. En una palabra, podríamos decir que la teoría es hija de la historia y no a la inversa. Hay que volver a poner sobre sus pies a la dialéctica hegeliana, de la que se habían apropiado los economistas pensando que todo lo que es racional debe ser real.

Segundo principio. La economía será política o no será. Sería agradable desarrollar un marco de economía pura pero, en realidad, puede percibirse que el economista es el consejero del Príncipe; y si no es el consejero del Príncipe, si sigue la *business school*, se vuelve el asesor del empresario, o el empresario. Y podemos mostrar que los sistemas nacionales de enseñanza de la economía son muy dependientes de la forma del estado. Desde un punto de vista puramente analítico, es absolutamente necesario integrar estos dos ámbitos. Cuando el economista entiende que no es más que un simple instrumento de la estrategia política, le resulta esencial desarrollar instrumentos que le permitan comprender las relaciones cruzadas entre lo económico y lo político. Es también la ocasión de preguntarse sobre las condiciones de emergencia del éxito, que es también una señal de las representaciones económicas. Es un programa muy vasto y, sin embargo, esencial.

Tercera enseñanza. Los economistas desearían hacer de sus tesis de doctorado una teoría general. Pero desgraciadamente, las experiencias muestran que las

teorías nacen local e históricamente situadas. Deben dar pruebas de su generalidad en un ejercicio explícito de comparación internacional en un proceso histórico largo. La diversidad de los vínculos sociales y de las relaciones económicas es tan grande que es totalmente utópico poder dar, de entrada, una teoría general, es decir, válida en todo tiempo y lugar. Por otra parte, no existe tal teoría general. El proyecto de una física social, que animaron los economistas del siglo XIX, ha muerto hace mucho. Los economistas no deben volver a cometer el error de construir una física social.

En conclusión, yo creo que es posible superar la paradoja con que comencé esta charla. Una economía política que combine rigor y pertinencia es posible, a condición de que se reconozca que se está en la historia y en la vida política. He aquí, señora vicerrectora, estimados colegas, señoras y señores, algunas de las ideas que quería compartir con ustedes esta tarde. Me haría incluso muy feliz el hecho de que ustedes no estuvieran de acuerdo con mis análisis, siempre que haya podido suscitar sus reflexiones y alentar a los jóvenes investigadores –sé que hay algunos en la sala– a retomar la antorcha que mis colegas regulacionistas prendieron hace ya 25 años, como reacción a teorías inadecuadas frente a los grandes cambios estructurales internacionales. Les deseo buena suerte, ya que el tiempo actual está pleno de reformas estructurales.